

Perfiles del espíritu universitario

Octavio Arizmendi Posada*



Introducción

Quizá podríamos definir el espíritu universitario como el conjunto de valores intelectuales que constituyen, o al menos deberían constituir, la cultura de esa comunidad académica que llamamos Universidad. Esos valores son: o ideales que deben mover a la acción, o hábitos intelectuales adquiridos para el trabajo y la convivencia, o hábitos de la voluntad que facilitan un comportamiento positivo, o ciertas actitudes, es decir, disposiciones cognitivas y afectivas, que faciliten los procesos que constituyen la misión de la Universidad.

Los ideales responden a las preguntas: ¿cuál es tu fin en la vida? ¿Por qué te esfuerzas?

¿Para qué luchas? Cada uno elige libremente, pero los profesores podemos ayudar a los alumnos a ampliar el horizonte para que forjen ideales altruistas y noblemente ambiciosos. Una cosa es servir desinteresadamente a los demás y otra servirse de los demás para nuestros planes egoístas.

Veamos cuáles son los principales rasgos o elementos constitutivos del espíritu universitario. Concentraremos nuestra búsqueda en los que sean adquiribles mediante la acción coordinada de la inteligencia y la voluntad (como los hábitos positivos y las actitudes), y no aquellos que pueden ser fruto de los talentos innatos o naturales, como la simpatía, el sentido del humor, la buena memoria, el aspecto físico o la fluidez verbal.

* Máster de la Escuela de Gobierno, Universidad de Harvard (Estados Unidos). Ex Ministro de Educación Nacional (Colombia). Ex Rector de la Universidad de La Sabana.

El amor a la verdad

Nos parece que siendo la búsqueda de la verdad una de las misiones principales de la Universidad, aunque no la única, se podría considerar que el primer rasgo del espíritu universitario es el amor a la verdad, por ser la actitud o hábito intelectual correspondiente por parte de la comunidad académica, formada por profesores y alumnos.

El objeto propio de la inteligencia es la verdad, y el deseo de alcanzarla mueve nuestra voluntad, y a veces nuestro corazón, en su búsqueda. Cuando la inteligencia humana, tras un proceso arduo, busca una respuesta o una explicación a un fenómeno, y tras la observación de los fenómenos, la búsqueda de información, la identificación de problemas, las hipótesis (las explicaciones provisionales no comprobadas aún), el estudio, la reflexión, la experimentación, la verificación, etc., halla la verdad anhelada, se siente feliz con el hallazgo y corre a comunicarlo a sus alumnos o a sus colegas y, por supuesto, a sus familiares y amigos. Se puede comparar esa experiencia a la de quien busca un tesoro y lo encuentra, y corre a comunicárselo a las personas de su confianza.

Podemos definir el amor a la verdad como la disposición de la voluntad para emprender el camino hacia la verdad, es decir, el conocimiento de los seres tal y como son. Ese amor puede también contener un sentimiento de afecto a los seres conocidos y a las verdades adquiridas.

El amor a la verdad nos anima a avanzar en la búsqueda de ella, convencidos de que es

posible remontarse desde las verdades más elementales hasta las verdades superiores, en una jerarquía de seres y verdades. Esa escalera de la verdad se inicia con las verdades que un niño cree o “entiende”, sigue con las verdades de experiencia personal, luego con las verdades que nos muestra la conciencia moral sobre actos buenos y malos, después las verdades de cada ciencia o disciplina y, por último, las verdades metafísicas y religiosas, aunque no queramos expresar un orden cronológico.

Del amor a la verdad se derivan otras virtudes menores, que son: 1) la curiosidad intelectual, 2) la humildad intelectual y la tolerancia, 3) el rigor intelectual o respeto a la verdad, 4) la laboriosidad intelectual y 5) la cooperación intelectual.

Veamos una breve descripción de cada una.

La curiosidad intelectual

La primera consecuencia del amor a la verdad es el deseo de hallarla y, por lo tanto, saber buscarla con los métodos apropiados para la ciencia y los diversos tipos de verdad buscada. Un verdadero universitario —profesor, investigador o estudiante— no se conforma con hallar exclusivamente las verdades relativas a la ciencia que cada uno cultiva o a su propia profesión.

Es necesario profundizar, pues el espíritu humano no se satisface con respuestas al “qué”, “cuándo”, “dónde” o “de qué está hecho”. Nuestra índole racional nos lleva a querer saber el “porqué”, el “para qué”, que no pueden contestar las ciencias pero son el contenido de la filosofía y la teología.

La curiosidad intelectual debe llevarnos a una mente abierta para conocer otros valores y estimar el diálogo interdisciplinario y admitir las contribuciones que otros especialistas nos puedan aportar desde su propio campo.

Por la misma razón, quienes cultivan las ciencias humanas (historia, literatura, estética, economía, filosofía, ética, sociología, etc.) deben estar en contacto y debidamente informados con lo que va ocurriendo en las ciencias naturales y exactas.

El positivismo epistemológico, al afirmar que la verdad es solo aquella que se puede verificar por la experiencia, causó grave daño al “quehacer” universitario, al pretender reducir la verdad al conocimiento de los seres materiales, amputando la capacidad de las personas para conocer las realidades no materiales, como son algunas dimensiones de la persona humana, como la abstracción, las ideas, juicios y raciocinios, los actos libres de la voluntad, los juicios de nuestra conciencia moral, los inventos, la creatividad estética, mecánica o institucional, los valores éticos, la especulación filosófica, los cálculos matemáticos, los significados de las palabras.

La curiosidad intelectual nos debe llevar a conocer los fundamentos ontológicos y epistemológicos de las ciencias, que se fundan todas en existencia y validez del principio de causalidad, aunque haya quien niegue la validez de ese principio. Los que lo niegan en teoría, en la práctica reconocen que no hay efecto sin causa proporcional, y lo practican durante todos sus actos conscientes y libres, desde tomar precau-

ciones del tráfico de vehículos y peatones, para evitar los accidentes mortales causados por la omisión o transgresión de una norma de seguridad, o comer lo suficiente y lo conveniente para lograr el efecto de una buena salud. Si no es válido el principio de causalidad, entonces se quedan sin fundamento todas las ciencias y las normas legales y éticas de una sociedad.

En una Universidad inspirada en la posibilidad de la razón humana para conocer la verdad, la curiosidad intelectual, en fin, es la que nos debe llevar hacia la puerta de la sabiduría.

La humildad intelectual

La humildad es una sola: la moderada opinión de nuestra propia excelencia. Nunca la alcanzaremos del todo, porque el orgullo es como la más persistente tendencia negativa de nuestra conciencia, ya que tendemos a sobrevalorar la propia persona, nuestros conceptos, hechos, trabajos y realizaciones, en relación con los de los otros. Nos puede ayudar el pensar: “Yo no soy el autor de mi inteligencia, ni de las cualidades que tengo. Las he recibido para el servicio de los demás”.

Una de las herramientas de vivir la humildad intelectual es no presentar nunca una frase, una idea o una cita, una anécdota, etc., como propia cuando sea ajena, aun cuando no recordemos la fuente. Hemos de hacer la cita respectiva o al menos decir que se trata de algo oído o leído en algún lugar.

Igual exigencia debemos hacer a nuestros alumnos y sancionar el plagio severamente.

Otra forma de practicar la humildad intelectual es solicitar la opinión o el concepto sobre un artículo, un ensayo o un libro a otras personas, y saber ponderar dichas opiniones antes de publicar algo. Igual cosa podemos hacer con nuestras clases o cursos universitarios: pedir a los estudiantes una opinión o evaluación escrita y anónima sobre el contenido y el método, y formular las sugerencias del caso. Si las examinamos con humildad, descubriremos información útil para mejorar la docencia y corregir fallas personales.

Lo contrario a la humildad intelectual es la soberbia intelectual, que puede llevar al hombre a adorarse y rendirse culto a sí mismo.

Consecuencia de la humildad es la comprensión de las personas y la tolerancia por las opiniones, creencias, estilos y demás diferencias personales. La intolerancia es fruto del orgullo, que nos lleva a pensar que solo debe haber una forma de ser y de pensar: la propia. La humildad en la convivencia universitaria atrae a los otros y facilita la amistad y la cooperación, la soberbia repele y aleja a los demás.

El rigor intelectual

Otra faceta del amor a la verdad es el rigor intelectual o hábito de nuestra inteligencia de buscar la verdad, la claridad, la precisión y el orden en las definiciones, juicios, raciocinios, experimentos, ponencias, citas, enunciados de tesis, proyectos de investigación o informes de estos, clasificaciones, ensayos, artículos o cualquier otro género de trabajo académico.

Lo contrario al rigor intelectual es la superficialidad, el trabajo mediocre, la imprecisión, la desconexión entre las premisas y las conclusiones, las causas y los efectos, las definiciones tautológicas, la confusión entre verdades y opiniones, etc. La cualidad que comentamos se adquiere mediante la auto-crítica, la verificación de los datos, las fuentes, las citas, y pidiendo a otros colegas la lectura y la crítica de lo que hemos escrito, antes de remitirlo a sus destinatarios o publicarlo.

La laboriosidad intelectual

La laboriosidad intelectual es un hábito adquirido por nuestra voluntad, guiada por nuestra razón práctica, que nos lleva a considerar el tiempo como un recurso limitado y *no renovable*, con el agravante de que ignoramos cuál es nuestra provisión de tiempo. El tiempo de cada uno es un recurso natural no renovable, que, por lo tanto, tiene una destinación social como contribución al bien común. Deberíamos enseñar a nuestros alumnos que una hora perdida jamás se recupera. En sociedades como la nuestra, en las que la mediocridad del trabajo a todos los niveles es la norma, hemos de enseñar a nuestros estudiantes con el ejemplo, la palabra y la exigencia, la necesidad de la calidad de sus trabajos escritos, audiovisuales o electrónicos, y la importancia personal, familiar y social de un trabajo bien hecho, e infundirles una cultura y aun una mística del trabajo. La laboriosidad intelectual es virtud que deben vivir todos los verdaderos universitarios, dentro o fuera de la Universidad: profesores, investigadores, inventores, asesores, escritores, etc.

No basta el cumplimiento fiel de los horarios de trabajo en la sede física de la Universidad, en el aula, en el laboratorio, en la oficina o en la biblioteca. Tampoco basta el cumplimiento o desempeño de las actividades o carga académica que nos asignen. Es necesario aprender a administrar el tiempo, de modo que no empleemos dos horas en lo que se puede hacer en una o incluso en menos; por ejemplo, las reuniones, entrevistas, consultas de estudiante, la lectura de una monografía de grado, la lectura de los periódicos, etc.

La principal condición para una Universidad de excelencia no es tener edificios y espacios bellos y funcionales. Por supuesto que ayuda mucho. El primer requisito es tener profesores excelentes (los mejores que se puedan conseguir) o, al menos, en proceso de serlo. En ambos casos, además de sus conocimientos, su didáctica, su amor a la verdad, deben poseer arraigado el hábito de laboriosidad intelectual, que les llevará a profundizar, a estar al día en su disciplina y a investigar y publicar. Cada profesor debería autoevaluarse al final de cada semestre académico y revisar dicha evaluación con el jefe del departamento o el funcionario que indique el decano. Allí deberá anotar las horas de docencia, las monografías de grado que asesora, las entrevistas de consejería a sus estudiantes, las investigaciones que dirige o en que participa, las reuniones o congresos en los que estuvo en dicho período, los artículos escritos o publicados, etc. Esta autoevaluación facilita una mejor planeación del período siguiente y permite, por otra parte, que los directores de la institución “vean” el esfuerzo de ese profesor y le den estímulos para su tarea.

La cooperación intelectual

Oí contar que uno de los ex presidentes de Colombia decía que a los latinoamericanos nos costaba mucho trabajar en equipo. Él lo atribuía a la herencia cultural ibérica, y hacía esta alusión: El toreo, que es una faena casi individual, es de origen ibérico. Los deportes de equipo son de origen anglosajón: ejemplo, el fútbol, el basquetbol, el béisbol y el voleibol, y agregaba: “Hay que enseñar a la gente desde muy joven a trabajar en equipo”. ¿Le estaremos dando importancia al deporte? La competencia calificada, por equipos más que por individuos, es una energía de grandes posibilidades en la vida académica.

Se puede emplear el método del trabajo en equipo, de estudiantes que “compitan” por la mejor calificación de los equipos, proyectos de estudios y diagnóstico de grupos humanos, búsqueda de información, elaboración de planes, realización de investigaciones de resultados comparables o complementarios, etc. En los estudios de posgrado resulta útil poner a competir a individuos o equipos de investigación, con premios académicos.

Sea cual sea la causa de nuestra resistencia a trabajar en equipo, tenemos que estimular el aprendizaje en equipo. En los profesores, el trabajo en esta forma se llama “departamento”, “instituto” o “centro”, y este es el primer ámbito de la cooperación intelectual entre los profesores para compartir las lecturas, los conocimientos, las fuentes, las publicaciones, las experiencias didácticas y de investigación.

Pero la cooperación intelectual no debe permanecer solo dentro de la Universidad. Es

necesaria la acción de solidaridad con los grupos humanos más necesitados del área de influencia de cada universidad. Es preciso que la participación de profesores y estudiantes vaya más allá de lo estrictamente exigido por cada facultad como “prácticas” requeridas. Hay que ponerse metas audaces para ayudar a los grupos humanos más pobres a organizarse, para unir esfuerzos en su propio mejoramiento, procurando lograr la triada de estado, Universidad y comunidad.

En esa cooperación social que puede adelantar toda Universidad, mediante prácticas requeridas o servicio voluntario pero comprometido, hay que recordar que mejor que trabajar para la gente, es trabajar con la gente.

La alta tasa de violencia rural y urbana que tiene Colombia es consecuencia parcial de la pobreza y el desempleo, que toleramos todos, sin hacer algo para llevar la justicia social a veredas y barrios marginados.

Conclusión

Podríamos concluir que eso que llamamos espíritu universitario es la suma de unos ideales de servicio a la verdad y al bien, que procuramos alcanzar a través de nuestro trabajo académico, informado por ciertos hábitos

intelectuales y de la voluntad, como, por ejemplo, el amor a la verdad, que inspira la sana curiosidad intelectual, la honradez mental, el rigor académico, la laboriosidad intelectual y la humildad ante la verdad y ante los demás, que nos llevan a la cooperación con los miembros de la comunidad universitaria y de la sociedad civil.

El espíritu universitario debe ser como el “clima” cultural de toda verdadera Universidad y parte muy importante de los contenidos formativos, que los estudiantes aprendan a través del proceso educativo, que incluye normas, valores, deberes, derechos y estímulos, pero principalmente a través del ejemplo de los profesores y de sus lecciones y consejos.

Si el futuro de una sociedad depende en buena parte de la calidad de la educación que se obtiene en sus universidades, que forman los cuadros directivos y profesionales, podemos concluir que parte muy importante de la calidad de las universidades y de la educación que proporcionan depende de que en ellas se viva un espíritu universitario fundado en el amor a la verdad, el respeto por las personas y la tolerancia por el pluralismo de opiniones, escuelas o tendencias, en un ambiente de libertad, de trabajo académico serio.

Resumen

El espíritu universitario es el conjunto de valores intelectuales que son la base de una comunidad académica llamada Universidad. El autor resalta como características del espíritu universitario, el amor a la verdad, la curiosidad intelectual, la humildad, el rigor, la laboriosidad y la cooperación intelectual; estos valores constituyen un clima cultural propicio para la convivencia formativa y la búsqueda de la verdad.

Abstract

University spirit is the set of intellectual values which are the basis of an academic community called University. The author points out the characteristics of university spirit: love to truth, intellectual curiosity, humility, rigour, diligence, and intellectual cooperation. These values constitute an appropriate cultural environment for the formative coexistence and the search for the truth.